

Don de gentes

Samuel Covarrubias

*Estaba fuera de moda y así eran las cosas.
Algo se quebró en mí...y por fin estuve abierto a mi ira*

NORMAN MAILER

DESDE HACE ALGUNOS AÑOS, GRACIAS A MI AMARGO oficio, vivo en un estado de frustración permanente. La fortuna, ramera lujuriosa adoradora de inmundicias, nunca me dio sino las plumas de su tocado, tímidos escarceos para el más devoto de sus cortejantes. Mientras tanto y durante mucho tiempo, en mi nariz se dejó sodomizar —gozosa como una puerca— por cretinas y fantoches de la peor calaña, gentuza sin escrúpulos ni vergüenza con el único talento que aprecia nuestro mundo decadente: don de gentes.

Después haber pasado la mayor parte de mi vida escribiendo ensayos, me he dado cuenta de que he perdido tiempo, dinero y esfuerzo acechando una quimera. Países subdesarrollados como el nuestro no están preparados —como no sea con el único objetivo de hinchar la retórica universitaria o firmar editoriales— para las formas superiores de la prosa. Entiéndanlo de una vez, si no quieren acabar fatigando los pasillos de una escuela o encerrados en la redacción de un periódico mugriento: en toda América Latina la prosa no paga.



Infantería austrohúngara. Ilustraciones del libro
The Armies of today, 1892

Mucho se ha escrito —conozco bien la tradición— sobre las incontables promesas incumplidas que pululan en la República Letrada. Debo reconocer que siempre consideré ese espectro culposo una persuasión de pacotilla, especie de superyó para escritores holgazanes y altaneros convencidos de que los papeles rubricados con su nombre valían la tinta en que estaban escritos. Ese pérfido espectro, que atormentó a un homosexual supino como Cyril Connolly, es ahora mi palmaria realidad. Desde el punto que se mire, soy un tipo malogrado.

Quienes me tildan de resentido, pueden estar seguros, no se equivocan para nada. Como señala la etimología, he sentido en carne viva dos veces cada uno de los triunfos de mis colegas —si bien comparto las palabras de Osip Mandelstam cuando sostuvo que él no era contemporáneo de nadie—; una horda de léperos y rufianes más interesados en el escalafón de sus carreras que en mejorar su sintaxis. La mayoría de la gente que hoy publica no pasa de escribir, en el mejor de los casos, como alicaídos profesores de telesecundaria.

La displicencia de la crítica ante mis libros de ensayo fue tan grande como el tamaño de su ignorancia. Intérpretes limitados, que asimilan la lectura sólo si trae la calcomanía “literatura” muy visible (y a veces tampoco), los críticos han sido incapaces de valorar dominios semánticos y competencias lingüísticas en donde la tensión y la contingencia funcionen como herramientas vitales, reflejos decantados de la experiencia y la memoria. Pero lo diré mejor, en las palabras de Arreola, a ver si aprenden a abochornarse: literatura es contemplar, en la sopa de pescado, los misterios del fondo marino.

Hace unos días y ante mi desasosiego, una amiga que trabaja en *El Tucanazo* me espetó: “eres muy inteligente como para perder la esperanza”. En ese instante tuve ganas de partírla la madre estrellándole la cara contra el piso, pero me contuve —fumábamos de *su* crack en *su* pipa y en *su* barrio—. Su pelo destruido

por el peróxido de metilo, compactado en ciertas partes como nido de hornero, me recordó que suelo ser intolerante y mezquino cuando hablo de mis conflictos, y Gladys, como buena jarocho, sólo vive para ayudar.

Desde hace algunos años suelo ahogarme en caballitos de veneno.

Sin embargo, ante la concreción de la realidad, he acabado por volverme inmune a los consejos. Ahora, cuando estoy a punto de quedarme en la calle, me doy cuenta de que la mía ha sido siempre una inteligencia estéril incapaz de pagarme los escándalos. A pesar de que he escrito muchísimo, todavía vivo de prestado y organizo tandas a la menor provocación.

A lo largo de los años, he visto a la mayoría de los insectos que estudiaron conmigo escalando puestos burocráticos de poca monta, acordes con su vulgaridad e inteligencia. He visto a los temperamentos arribistas de mi generación transformarse en políticos aldeanos, comerciantes herederos, académicos de cuarta o parásitos sociales a salto de mata entre los empleos informales y el sablazo a la familia. Pertenezco a una cosecha de individuos que ni siquiera fue consciente de su espanto, haciendo gala del mínimo estilo y ostentando una mediocridad calamitosa. Lo que vendría a ser el motor intelectual del país, eso que onerosamente podría llamar *mi generación*, está compuesto por una burguesía apocada y sin cojones que sonrojaría a sus propios padres.

Hoy en día, cuando me encuentro desnudo a mis casi cuarenta años y sin saber ganarme el pan como no sea escribiendo textos mal pagados, veo que he vivido manufacturando ejercicios intelectuales que se anegarán en un charco maloliente como las flores del cementerio (si tuviera que preparar una selección de mi textos, a no dudarlo, la titularía *Prosas apútridas*).

Cuando menos, por merced del niño de Atocha, me queda el consuelo de no haberme decantado por la poesía, paso en falso que habría conjugado mi ruina con el bochorno civil. Si bien ya se ha dicho mucho,

nunca se profundizará lo suficiente sobre la arrogancia y vacuidad de los poetas, sobre quienes es necesario volver para recordar que al menos *fracasé* como la gente. Escribir artículos, reseñas o ensayos otorga la honorabilidad de la página horizontal, esa tan escamoteada decencia que da el saber que uno, aunque desesperado, al menos ha escrito de corrido las cuartillas para ganarse la chuleta. Los poetas, en cambio, no son sino trovadores de segunda que nunca aprendieron a tocar un instrumento, duendes perversos cuya mayor potestad, en países sin lectores, es la de regalarse tiaras, premios florales y encendidos besos en el culo para ensanchar sus mutuas infatuaciones. Ser poeta, desde tiempos de Villon, es una actividad propia de delincuentes y perdularios.

No obstante debo precisar mi respeto por las poetisas; al menos por un puñado. Pese a que siempre

he sido refractario a los ensueños de la lírica, tiemblo al leer a Rosalía de Castro, Concha Urquiza, Enriqueta Ochoa y sobre todo a Emily Dickinson. Ellas supieron que la única poesía que vale la pena es la que intenta nombrar la furia. Y lo lograron (los seres que llevan la muerte en las entrañas están mejor armados para describir la vida).

Un delito que sí cometí, y en el que a decir verdad me habría gustado prosperar, es el de haber escrito teatro. Siempre supe que mi talento como autor de comedias se limitaba a fusilarme las ocurrencias y tristezas de amigos y conocidos, y que todo lo que tendría que hacer sería insertar episodios soeces y pornográficos para complacer al populacho. Mientras lo hice, fue una experiencia divertida y yo creo que hasta dichosa. Es una pena que mi corazón juvenil, cuando más vulnerable se encontraba, fuera destrozado por una puta sin

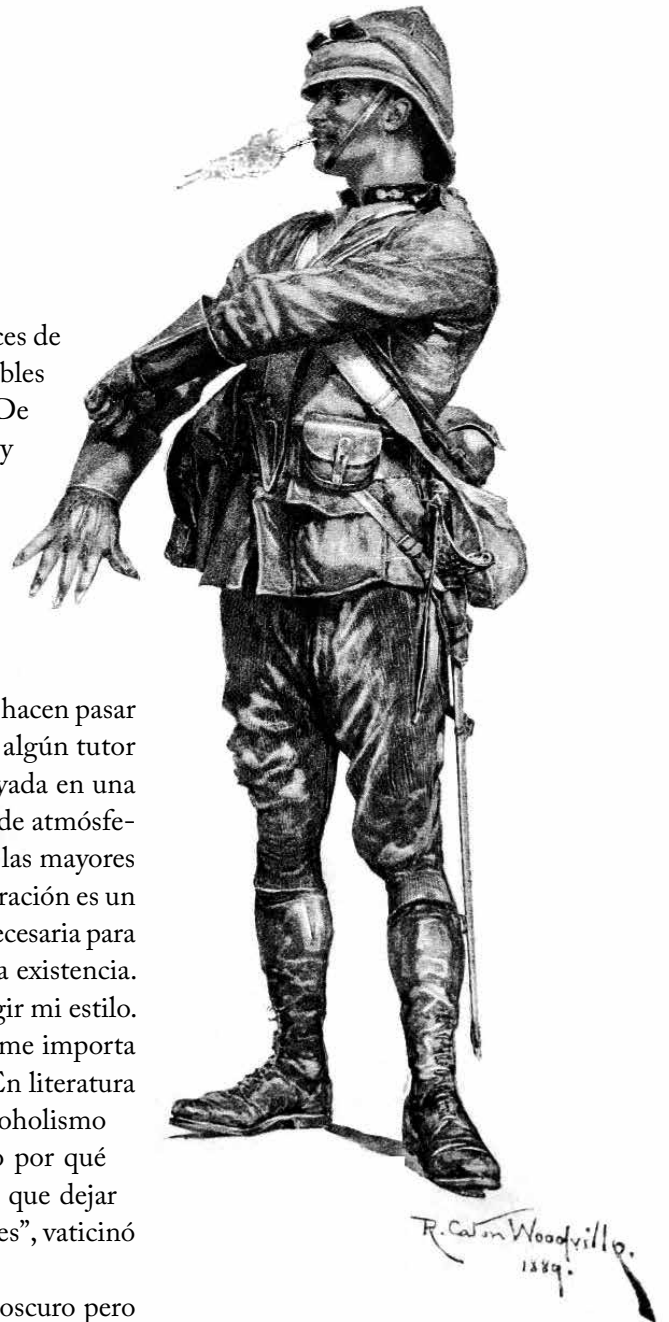
Armada rusa-cosaca de la guardia imperial



escrúpulos que me dejó por un marica de su elenco. Las actrices de teatro, sépase bien, son unas golfas sin oficio ni beneficio, volubles como diente de león y despóticas como bloques de granito. De cualquier manera es una pena que abandonara la comedia, y es que —aunque siempre he sido un cínico— nunca me he tenido por canalla. Poco, pero algo respeto la intimidad de los extraños.

Mi relación con la narrativa, que acaso habría podido sacarme de pobre, fue también un tema complicado (el único género que me parece valioso es el cuento, manifestación verdadera del ingenio que no interesa a los soretes que se hacen pasar por editores). Si bien en alguna beca, cuando era más joven, algún tutor vio en mí capacidades para la construcción ficcional —apoyada en una delicada tensión estilística y cierto talento para la recreación de atmósferas delirantes— todo se fue al carajo por el exceso de una de las mayores virtudes que puede tener un escritor pero que usada sin moderación es un cáncer en el colon: la ironía, como el amargo de angostura, es necesaria para preparar un buen Martini, pero usada en demasía avinagra la existencia. Empero no derramé una lágrima al respecto ni intenté corregir mi estilo. Si soy irónico es porque soy lúcido, no es algo que decida, y me importa tres pepinos si por ello no consigo escribir un lindo cuento. En literatura los vicios son virtudes y las virtudes...vicios. Así que si mi alcoholismo y drogadicción han nutrido vivamente mi existencia no veo por qué la ironía —mujer hermosa con víboras en la boca— tendría que dejar de ser la kriptonita de mi escritura. “Perecerás por tus virtudes”, vaticinó Nietzsche, y no seré yo quien contradiga a un alemán.

En un momento de mi vida, que ahora me resulta muy oscuro pero entonces sospechaba luminoso, intenté regenerarme, cambiar de hábitos y estudiar una maestría. Probé con la escritura de memorias, alternándolas con el diario de viajes y cierta hibridación genérica que se puso de moda y a mí me divertía muchísimo por ser un territorio conocido. Si uno mira con atención, lo que sobrevive de un texto literario, al menos la parte más



Oficial de la guardia británica
en la última campaña africana

estimulante y más sabrosa luego de la música, es lo que *parece* un ensayo: digresiones, referencias e intromisiones autorales. Es posible valorar la buena factura de una ficción lograda, y aunque requiere algo de curia como demostraron hace un siglo los formalistas rusos, todo obedece a un sistema cerrado de reglas muy precisas. Para contar bien una historia basta conocer los mecanismos de las novelas policiales. O haber leído con atención a Elmore Leonard y Leonardo Sciascia. Ese tipo de libros, si bien perfectos, agotan con maestría el modelo que discuten. Por eso los desprecio.

Y no se crea que no intenté ganarme el favor del gran público dialogándole en sus términos. Hace años escribí el tomo autobiográfico *Del Whisky al Bacardí añejo: memorias de un antropólogo tropical* y conseguí publicarlo en una editorial de medio pelo para arriba que lo promovió con ahínco durante un romántico verano. Tuve que abandonar ese tono confesional porque ya eran demasiadas las mujeres que me odiaban y los relatos de mis noches afectivas, por más *make up* que les pusiera, acababan por complicar mi turbulenta vida amorosa (uno sabe que no lo han olvidado cuando, inopinadamente, se reciben mentadas de madre por la calle o correos de odio por montones).

Nunca debe dudarse de los poderes de la fantasía: abre piernas, desde luego, pero también azuza los odios de incontables lagartonas.

Otra de las razones por las que abjuro del ensayo es por las falacias monacales que esgrime sin vergüenza. En apariencia —y quiero ser enfático al subrayar que sólo en *apariciencia*— la “literatura de ideas” nace de un análisis crítico de la realidad, del examen constante de las cosas y sus relaciones intestinas, explorando los vínculos objetivos y soterrados del sujeto con el universo, comparando argumentos, tejiendo contradicciones, celebrando aporías: puras patrañas.

El ensayista en activo, pero sobre todo el experimentado, se vuelve deudor de rígidos esquemas de pensamiento, ciego cultor de una sola mirada. Después de un tiempo, casi siempre con la ignorancia de quien escribe, uno se encuentra resolviendo el mismo crucigrama obsoleto en el que a veces se cambian las citas, se machaca un estilo y se evade la realidad con el hábito de simular el pensamiento: tal es el fundamento de la crítica literaria.

El legítimo acto de la duda, que en el mejor de los casos se resuelve en la extravagancia de especular por cuenta propia, se alcahuetea con comodines muy gastados: ingenio, temeridad, cita y desarrollo. Más de una vez me he sorprendido por la transparencia y efectividad de mi poética: título, epígrafe y un atronador párrafo de inicio con la finalidad de conmovier.

Escribir ensayo, sin que uno se percate, es esconderse tras un rígido armatoste mental que acaba por imponerse a la espontaneidad del pensamiento, constriñendo los gestos sólo para embalsamar el canto.

Cuando uno medita sobre el mundo desde el yo del ensayista, termina por darse cuenta de que no se ejerce plenamente la libertad, y no me refiero a la tiranía del sintagma ni a la cárcel del lenguaje ni a *tu puta madre*, sino al hecho extraño de que uno no se atreve a exteriorizar, por ignotas y complejísimas razones, la furia que lo habita. Para arder con esta lumbre es necesario aprender a nombrar, comprometiendo la voluntad con la vocación por el incendio. El ensayo, dubitativo como Moctezuma, se enmaraña en las ideas, se complace en su reflejo y termina por devorarse mediante un mecanismo solipsista de narcisismo y autoaniquilación.

La carne de la experiencia radica siempre en las palabras, por eso es que estamos tan lejos de explicar el pensamiento.



La literatura, mal que nos pese, es un juego de artificio, discreto recorte de la realidad para inducir experiencias e impostar sensaciones. Los mejores entre nosotros, como los hechiceros, son los que mejor traicionan: artesanos, ventrílocuos, prestidigitadores. Si lo pienso dos veces, no debería sentirme herido por no contar con el reconocimiento de consumados embusteros: escribir es el camino largo para llegar a ninguna parte.

Sin embargo hay que decirlo: la literatura es una de las formas más nobles del engaño, a diferencia de los publicistas, los políticos y los banqueros, que trabajan en franco contubernio con la carroña, capitalizando la miseria y los ensueños de la vida.

Por eso, si ahora no existe un lugar para el ensayo e incluso si él mismo se ha abandonado a su suerte, está obligado a desaparecer. Pero debe desaparecer absolutamente, no confundirse con el periodismo narrativo —esos nuevos ricos de la prosa que tan bien lo fagocitan— ni con la crónica y mucho menos con el reportaje. Ojalá desaparezca ese vicio de comunicar con uno mismo, que sólo ha ensanchado nuestros delirios y vulnerabilidades y ha colocado mi nombre en consejos editoriales de revistas donde todos son desconocidos. Además del ensayo, también debería desaparecer la natural alegría de los idiotas junto con su felicidad plenísima que nos estalla a los lúcidos como una carcajada mecánica, caústica como la corrosión que anida en las ciudades salobres. Ojalá desaparezca la pureza de su felicidad licuada, engeguada por su propia maravilla que ni siquiera alcanza para inyectar de odio al corazón que debería envidiarlos. Con su fidelidad a sí mismos, los bien aventurados dejan de atizar los rencores, que siempre necesitan alimento: es imposible odiar a los que viven engañados.

No me interesa seguir con esta conversación ni con plática ninguna: antes de mandar a la hoguera estas palabras que no hieren más mi carne, quiero escribirlo sin aspavientos: conocer el éxito en la vida puede ser indigno y hasta violento; pero tener éxito en literatura es más grande que el espanto. ▀